

---

# LA ESTRATEGIA SOVIETICA

## Notas sobre el 27 Congreso del PCUS

Ferenc Feher

---



---

El doble objetivo estratégico interno del Nuevo Equipo de Gorbachov está entrando en la llamada fase intensiva de desarrollo económico, por una parte, y en la promoción masiva de nuevos cuadros a posiciones estratégicas superando las barreras restrictivas erigidas por la «gerontocracia» brezniana, por la otra.

No se trata de un invento totalmente original. Los economistas, dentro y fuera de la URSS, llevan tres décadas discutiendo la conveniencia, y las vías alternativas, de llevar a cabo esta transición que, por numerosas razones, se ha convertido en una necesidad. La principal razón a favor de un cambio rápido es que la economía soviética parece haber alcanzado un *límite demográfico* insuperable y, por primera

vez en varias décadas, tiene dificultades relacionadas con la escasez de mano de obra <sup>1</sup>.

*Estrategia interna: transición a la fase intensiva de desarrollo económico sin cambios sociales*

¿Pero cómo se propone el Nuevo Equipo alcanzar este doble objetivo? Con su

estrategia reaparece una segunda edición casi grotesca de aquellos experimentos, con la «racionalidad sustantiva» que estuvieron en auge bajo Jruschov, quien es la úl-

**La economía soviética parece haber alcanzado un límite demográfico insuperable y tiene dificultades relacionadas con la escasez de mano de obra.**

recta de reducir impuestos, en vez de como un cambio organizativo. Aparte de esta única medida fiscal, no parece haberse planeado ni el más mínimo cambio so-

cial genuino. M. Huber, cita siete precondiciones para una reforma económica estructural genuina, de acuerdo a lo establecido por un experto en ciencias políticas húngaro. Estos siete pasos son los siguientes: «un concepto de reforma coherente; compromiso con la reforma por parte de las autoridades centrales; una base de poder adecuada para continuar la reforma; espacio de maniobra política tanto en el interior como en el exterior; preparativos para enfrentar democráticamente la oposición; creación de estímulos para continuar las reformas; formalización de los resultados para hacerlos irreversibles». Aun cuando por el momento dejen de lado la portentosa cuestión de si una reforma económica separada es en absoluto posible en la sociedad soviética, y si acepto la lista de precondiciones de este entusiasta abogado de un supuesto reformismo existente en la actual URSS, sigue siendo preciso afirmar que ninguna de las precondiciones mencionadas estuvo presente durante las deliberaciones del Congreso. Incluso la misma idea de aceptar (teóricamente) relaciones (controladas) de mercado ha seguido siendo explícitamente anátoma para el nuevo equipo gobernante <sup>2</sup>.

En cierto modo, el Nuevo Equipo lleva aún más lejos la maniobra jruschoviana de cuadrar el círculo. Todos ellos son retoños del período Breznev, no obstante su evidente ingratitud para con su predecesor político y antiguo maestro, en la medida en que todos ellos están determinados a no experimentar *con cambios estructurales de ninguna clase*, ni siquiera en el menor grado. No hay una sola frase que pueda ser citada por el más ardiente partidario de «Gorbachov el Reformista» en sus informes, que aluda ni remotamente a un cambio estructural. La única medida acordada por el alto mando, según el testimonio del Informe Político presentado por Gorbachov, es el permiso concedido a los koljoses para que vendan sus excedentes alimentarios en el mercado del koljós, en vez de venderlos obligatoriamente al Estado a precios considerablemente menores. Sin embargo, dado que es el Estado quien define lo que es un excedente, esta medida puede considerarse sencillamente como una forma elaborada e indi-

Entonces, ¿en dónde tienen puestas sus esperanzas? Las aparentemente confiadas declaraciones del Nuevo Equipo son manifestaciones de una «institución imaginaria» totalitaria-tecnocrática en pura cultura. Para el Nuevo Equipo de Gorbachov, las computadoras y los micro-chips, además del irrestricto poder del centro, representan la misma panacea universal que el maíz y la química agrícola representaba para Jruschov. A juzgar por los informes y los discursos del Congreso, no parecen existir aquellos poderosos incentivos sociales (tanto pecuniarios como no pecuniarios) que inducen a los administradores

y obreros fabriles a utilizar la moderna tecnología de forma racional. Como resultado, nunca se ha discutido, y ni siquiera se ha planteado en el Congreso, que tales poderosos incentivos están ausentes de la economía soviética por razones *estructurales*.

Pero existe un aspecto todavía más serio en el proyecto de modernización de Gorbachov. Los planes son notablemente ambiciosos. Según podemos ver en el informe de Rizkov <sup>3</sup>, el volumen de inversiones de capital debe elevarse desde el anterior 16 % del presupuesto nacional hasta un 25 % en el nuevo plan quinquenal, esto es, cerca de un 60 %. Esto constituye un programa de inversiones enormemente incrementado en un espacio de tiempo muy breve. Por consiguiente, la primera pregunta que surge en relación con el proyecto es la siguiente: ¿dónde están las fuentes del auge inversionista?

Hablando lógicamente, fuentes como éstas sólo pueden ser proporcionadas por una reducción drástica de los presupuestos económicos, la rápida y acertada reorganización del cuadro de producción existente que podría dar como resultado una reducción general de los costos, el súbito descubrimiento de gran cantidad de recursos minerales con precios elevados en el mercado mundial, la «explotación» de la periferia Este-europea del imperio y, finalmente, marcadas reducciones del nivel de vida y el poder adquisitivo de la población. De estos factores, el cuarto (la venta de recursos minerales) ha sido constantemente empleado, volverá a emplearse y, al mismo tiempo, puede ser tranquilamente descartado como fuente principal de nuevas inversiones. La URSS, gigantesco exportador de minerales y materias primas, no deja, sin embargo, de enfrentar serias dificultades con los decrecientes precios mundiales, sobre todo de los crudos. Por lo tanto, el balance es bastante negativo en este aspecto e incluso si las actuales tendencias del mercado mundial

fuesen de corta duración, la exportación de minerales no puede, en un período igualmente breve, convertirse en fuente principal de financiamiento para el auge inversionista.

La segunda opción, la cancelación de los principales proyectos, puede descartarse igualmente como fuente del auge de las inversiones. No hubo ninguna señal de tan drásticas medidas en el Congreso, y tampoco podrían ser fácilmente introducidas, por dos razones. Si tales cancelaciones son lo suficientemente amplias (y sólo en este caso serían útiles económicamente), provocarían, aunque sólo fuese temporalmente, un desempleo masivo que el régimen está empeñado en evitar a cualquier costo. En segundo lugar, como ya expuse en otro lugar junto con A. Heller y G. Markus <sup>4</sup>, la economía soviética re-

---

**Hay signos que indican  
la decisión del Nuevo Equipo  
de aligerar las cargas  
del sector  
militar.**

---

produce constante y simultáneamente el desperdicio y la escasez. Por consiguiente, en esta sociedad no se produce nada que no esté en demanda en un momento determinado y, al mismo tiempo, los productos existentes para satisfacer esa demanda escasean regularmente. Esto no sólo se aplica a las necesidades de bienes de consumo de la población, sino también a las necesidades de materias primas para la industria y, sobre todo, al equipo tecnológico para proseguir el crecimiento. Así, la cancelación de proyectos en marcha es, o bien una forma indirecta, y disfrazada, de restringir el consumo popular (en cuyo caso pertenece a otro grupo de posibles fuentes de inversión), o bien socavaría el propio proceso de inversión.

Por lo que respecta a las medidas de reorganización económicamente eficaces y racionales, el Nuevo Equipo se le presentan dos problemas casi inmediatamente. El primero, según M. Huber, es una falsa apreciación por parte de los analistas occidentales el culpar a la insuficiente independencia de las fábricas por el fracaso de lo que ella (y los autores soviéti-

cos) califican de «reforma económica» de 1965, con notable exageración. La causa del fracaso fue más bien la imposibilidad de lograr una *coordinación local* correcta de los esfuerzos económicos <sup>5</sup>. Una coordinación local de este tipo hubiera producido supuestamente enormes ahorros a través de la racionalización. Sin embargo, concediendo que esto sea verdad, cualquiera que esté familiarizado con la operación de un sistema de planificación centralizada sabe perfectamente que la coordinación local de esta clase es *estructuralmente incompatible* con el propio sistema. Esto me trae al segundo aspecto. El Nuevo Equipo está aparentemente preparado para recurrir a la medicina soviética tradicional: reorganizaciones a *nivel administrativo* (por ejemplo, creación de nuevos superministros). Los cambios estructurales siguen siendo anatema para ellos <sup>6</sup>.

Por supuesto, la opción por cortes drásticos en el presupuesto militar es más que una posibilidad física, no obstante, una costosa y difícil guerra todavía existente en Afganistán, y, no obstante, el elevado número de tropas acuarteladas en Europa Oriental con la función de controlar esta zona. Incluso hay signos que indican la decisión del Nuevo Equipo de aligerar las cargas del sector militar. En primer lugar, toman el programa de Iniciativa de Defensa Estratégica de la Administración Reagan mucho más en serio que los críticos sociólogos occidentales, y al parecer desean desesperadamente evitar verse comprometidos en una competencia con la investigación estadounidense. En segundo término, existen ciertos indicios, aunque no sean definitivos, de que Gorbachov, a diferencia de Breznev, no está preparado para satisfacer automáticamente todas las demandas del Ejército y la Armada. Y, sin embargo, las ocasiones de obtener en este campo ahorros para la inversión son también muy limitadas. Todo lo más podría predecirse un programa de crecimiento nulo en este sector, y esto sólo en el caso

de una nueva distensión extraordinariamente bien lograda que fuese mucho más allá de los compromisos de Breznev con la Administración estadounidense en los setenta. A decir verdad hay que reconocer que una distensión de este tipo no depende totalmente de la voluntad soviética. Por el momento, no parecen tener un socio norteamericano para un compromiso tan amplio por más que ellos realicen esfuerzos sinceros en esta dirección (lo que está lejos de ser el caso). Además, una distensión de tal alcance y profundidad parece una opción política casi imposible para el Nuevo Equipo. Un glorioso y multigalardonado Almirante, un ambicioso Jefe de Estado Mayor, pueden ser cesados por Gorbachov. Pero un enfrentamiento global con la infraestructura militar, que a lo largo de varias décadas ha llegado a convertirse en uno de los principales, y relativamente independiente, centros del sistema, y que representa la única *fuerza eficientemente moderna* dentro del mismo, equivaldría a un terremoto en la vida política soviética. Por añadidura, un recorte del presupuesto militar lo suficientemente drástico para contribuir al auge de la inversión socavaría las posiciones soviéticas en tres continentes. Y, finalmente, podría entonces plantearse legítimamente la cuestión: ¿para qué la «modernización», la cual es un medio de expansión (llamado «proceso revolucionario mundial»), si el propio expansionismo es refrenado?

La explotación económica de Europa Oriental es poco más que una opción lógica. Acepto en lo esencial el análisis de las relaciones económicas entre la URSS y Europa Oriental realizado por R. Selucky, el cual demuestra la imposibilidad práctica de semejante proyecto <sup>7</sup>.

La única fuente de capital disponible para un proyecto de incremento de la inversión parece ser entonces la congelación a largo plazo de los salarios, junto con medidas indirectas de restricción del con-

**Un recorte del presupuesto militar lo suficientemente drástico para contribuir al auge de la inversión socavaría las posiciones soviéticas en tres continentes.**

sumo y la imposición coercitiva directa de la «disciplina laboral» ya iniciada bajo Andropov en forma de medidas policiales. En contraste con las leyendas periodísticas acerca de la anticipada abundancia bajo Gorbachov, según todos los indicios los nuevos líderes tienden a prohibir, más que tolerar y fortalecer, la llamada «economía secundaria», que es beneficiosa para la población en términos del aumento del ingreso privado y de los servicios disponibles. Los datos presentados por Rizckov ante el Congreso acerca de los niveles de vida fueron formulados con gran cautela. Lo que se desprende del Punto V de su Informe es la promesa de que «las bases de la futura prosperidad», más que la prosperidad en el presente, es lo que se creará en el período 1986-1990. Estas son palabras familiares para los trabajadores soviéticos, indicaciones típicas de un período de fuerte aumento de la inversión, durante el cual los patrones de vida permanecen estancados o descienden francamente. El término «aceleración» tiene un significado igualmente familiar y ominoso para los trabajadores soviéticos: normas laborales muy aumentadas, una intensificación forzosa de la productividad, la reducción de incluso los menores derechos disfrutados en el período de Breznev, medidas coercitivas contra los trabajadores ausentistas y los que cambian de lugar de trabajo sin permiso. No por nada los líderes revivieron en el Congreso la memoria de los estajanovistas —aquellas «tropas de choque industriales» de Stalin tan odiadas por los obreros de cualquier país soviético— en medio de una orquestación sentimental <sup>8</sup>.

Entender el verdadero carácter del proyecto del Nuevo Equipo de una «revolución tecnológica», para entrar en la fase intensiva de crecimiento así como los recursos que pueden obtener, significa entender su inherente futilidad y su carácter explosivo. Sin profundos cambios socioestructurales y los incentivos que sólo ellos

**La única fuente de capital disponible para un proyecto de incremento de la inversión parece ser la congelación a largo plazo de los salarios.**

podrían proporcionar, la esperanza de crecimiento creada por métodos intensivos es enteramente útil: aunque puedan comprar y copiar la necesaria tecnología, en cosa de una década volverá a imponerse el estancamiento. Por otra parte, aunque la población soviética posee, por muy buenas razones, un record extraordinariamente largo de aguante político pasivo, resulta cuestionable si están preparados para resistir las nuevas cargas que el auge inversionista echaría sobre sus espaldas.

Estrechamente vinculado con el programa de entrar en la fase intensiva de desarrollo económico está el segundo aspecto de la estrategia del Nuevo Equipo: *el completo rejuvenecimiento de la nomenklatura* <sup>9</sup>. La conexión *causal* entre los dos aspectos ha sido establecida por el Nuevo Equipo mismo. Han proporcionado la explicación más sencilla posible, y por lo tanto obviamente propagandística y desorientadora, acerca de la recesión soviética declarándola un «problema generacional». La dirigencia cada vez más esclerótica de Breznev fue, por supuesto, una larga e ininterrumpida era tenebrosa para cualquiera que deseara el más mínimo cambio beneficioso dentro del imperio soviético. Y, sin embargo, esta nueva teoría generacional para explicar graves crisis internas me parece un tratamiento bastante ligero de un síndrome más serio. Se hecho, la «gerontocracia» de Breznev era una *meritocracia orientada al pasado*, autoemancipación de una oligarquía opresiva de dirigentes omnipotentes y tiránicos. Como el tirano, este enemigo natural de las oligarquías, siente el más absoluto desprecio por los pasados méritos de la «aristocracia» bolchevique y la ha masacrado en masa, y puesto que este desprecio se manifestó una segunda vez en forma satírica con Jruschov, el cual no los masacró, pero los destituyó por docenas, los oligarcas políticos y físicamente sobrevivientes estrecharon sus filas en torno a Breznev y establecieron un *sistema de garantías*. Es-

te último consistía sobre todo en la prohibición de elevar a ningún hombre individualmente por encima de sus *pares*<sup>10</sup>. En segundo lugar, significaba la clasificación de los miembros de la nomenklatura en base a sus méritos pasados (precisamente en este sentido es que la oligarquía de Breznev era una meritocracia orientada al pasado), prolongados servicios y comportamiento «equilibrado». El adjetivo «equilibrado» poseía un claro significado: los miembros de la oligarquía debían ajustarse a la línea del partido obedientemente a través de cada uno y todos los giros políticos *sin excesivo compromiso* ni con los demasiado audaces experimentos de desestalinización. Además, el término «méritos pasados» se basa en un criterio histórico. Bajo Breznev, aquel particular grupo de edad avanzó a la primera fila que había sido políticamente socializada bajo el Gran Terror, había soportado sus pruebas durante la guerra

y había llegado a la madurez política en el período de transición desde Stalin a la era posestalinista. Y esta insistencia en la «prueba histórica» no

era una simple histeria de seguridad por parte de la oligarquía de Breznev, sino que más bien era lo que se esperaba normalmente de un miembro de la élite: que al menos una vez en la vida fuese capaz de demostrar sus cualidades. En otras palabras, el suyo era un espíritu de *noblesse oblige*. Finalmente, el sistema de garantías también proporcionaba compensaciones. La primera de ellas era el acuerdo informal de que no existe límite de edad para el servicio público y, en el caso de los líderes, ni siquiera hay exigencias de salud. El retiro automático y obligatorio no se aplica a la oligarquía: así fue como la era Breznev llegó a estar dominada por una camarilla de septuagenarios que bloqueaban eficazmente la movilidad ascendente de los jóvenes advenedizos. En segundo lugar, la atmósfera general de *enrichessez-vous* era una prerrogativa tácita igualmente estipulada en esta atmósfera. Cualquiera que sea la opinión que se tenga acerca del

gobierno oligárquico, parece ser una conclusión sociológica inevitable que quien toque las prerrogativas de las grandes familias, en caso de éxito, sólo tiene dos opciones: o bien abre la puerta a una democracia genuina o reintroduce la tiranía personal.

Los Nuevos Turcos de Gorbachov han salido a escena con la inconfundible ambición de una *meritocracia orientada al futuro* para lanzar un asalto frontal a las prerrogativas históricas, el lujo del hedonismo pero, sobre todo, la importancia socioeconómica de los meritócratas orientados al pasado. La total ausencia de una dimensión histórica de su «institución imaginaria», tan claramente puesta en evidencia durante el Congreso, fue en parte una útil precondition, y en parte un efecto autocondicionado del cumplimiento de esta tarea. Los Nuevos Turcos no tienen ningún complejo de inferioridad visible para

**Estrechamente vinculado con el programa de entrar en la fase intensiva de desarrollo económico está el completo rejuvenecimiento de la nomenklatura.**

constituir la segunda, o más bien tercera, generación de padres fundadores. Parecen poseer la imperturbable convicción de que

la historia soviética ha estado aquí desde tiempos inmemoriales, «el estilo de vida soviético», un *Breznev-Ersatz* para «construir el comunismo» ha sido establecido para siempre, y por lo tanto los custodios fieles y capaces de este estilo de vida pueden brotar en cada período y en cada área. La nueva meritocracia, hambrienta de poder y orientada al futuro, siente un desprecio aparentemente total por los «derechos históricos» de las grandes familias de la era Breznev. Este desprecio por la edad, el papel desempeñado en los anales soviéticos y los lazos familiares los presta un aire de aspiraciones democráticas, aunque los pretendientes meritocráticos orientados son exactamente tan elitistas y corporatistas como solían serlo los meritócratas orientados al pasado de Breznev. Sin embargo, perciben correctamente dos graves peligros en el estilo de vida que predomina actualmente entre la oligarquía (aparte la ignorancia rampante, el nepo-

tismo y los desatinos económicos). El primero es que el Partido no puede desempeñar una de sus funciones principales en la sociedad soviética, como canal de movilidad ascendente <sup>11</sup>, con una gerontocracia dosificada en su cima. El peligro inherente de esta situación no es sólo que el aparato únicamente pueda renovarse a partir de una reserva de nepotistas incapaces, sino también que gran número de hombres y mujeres jóvenes y capaces podrán encaminarse a otras formas de vida alternativas, y en algunos casos opuestas. Porque si la disidencia no se contempla con la idealizadora iluminación de un Víctor Hugo sino más bien con los crueles ojos de un Dostoievski, el autor de los *Endemoniados*, el «síndrome de disidencia» desarrollará unas características morales muy ambivalentes. Comprende ya a unos cuantos personajes heroicos e incluso nobles: un Solyenitsin, un Sajarov, un Bukovski, un Scharanski, un Amalrik, un Siniavsky, pero la mayoría de ellos parecerán reclutados entre hombres de ambiciones de poder y carrera frustradas <sup>12</sup>.

Los Nuevos Turcos son igualmente conscientes del segundo peligro inherente en el estilo de vida dominante de la meritocracia orientada al pasado: la corrupción. Esta conciencia no está motivada por sus inclinaciones espartanas. Ligachev, supuestamente el número dos del Nuevo Equipo, defendió la existencia de las «tiendas reservadas», este conspicuo símbolo de las prerrogativas parasitarias del aparato dirigente, en la entrevista antes mencionada. La amplia publicidad concedida por los medios al responsable del vestuario de Gorbachov antes de su viaje a la cumbre, un verdadero ejercicio de mal gusto, tampoco es una manifestación de ascetismo revolucionario. En un enfoque sociológico más sobrio, pueden identificarse dos efectos sociales indeseables de corrupción masiva, que preocupan actualmente por igual a los actuales líderes de la nomenklatura. Uno de ellos ha sido correctamente descri-

**La era Breznev llegó a estar dominada por una camarilla de septuagenarios que bloqueaban eficazmente la movilidad ascendente de los jóvenes advenedizos.**

to por A. Besançon <sup>13</sup> como «la guerra de emancipación de una sociedad civil» en contra de las prerrogativas absolutas de un Estado totalitario. En este sentido particular el término «corrupción» denota «corromper» más que «ser corrompido». En otras palabras, significa obtener de los funcionarios en ejercicio aquellos favores (admisión a instituciones educativas de altos estudios, pasaportes, pisos, permisos, o al menos tolerancia para cierto tipo de actividades económicas que sólo podrían realizarse legalmente dentro de los canales controlados por el Estado y asuntos similares) que no sólo ayudan al bienestar material de una persona o una familia, sino que también garantizan formas más independientes de vida y estrategias de vida para ellos. En este sentido, la participación en la corrupción es ciertamente una emancipación relativa, pero la cuestión es: ¿hasta qué punto estará emancipada una sociedad emancipada de esta manera? Las consecuencias morales de la cuestión no son ambiguas. Y la sociedad civil que emerge, todavía encadenada, y que gradualmente se emancipa de un Estado despótico mediante prácticas fraudulentas, tiene ya un extraordinario parecido con el capitalismo ruso de tipo asiático que tan acertada y amargamente retrató Gorki. Al mismo tiempo, está claro el tipo de peligro implicado en este proceso para la nomenklatura. Tan distorsionada como pueda estar (parcial y no política), la emancipación a través de la corrupción socava los «territorios protegidos» del control estatal, lo cual es un escándalo para el *ethos* de un aparato totalitario.

El otro significado del término «corrupción» es «ser corrompido» o, más bien, para emplear la forma activa: «forzar a otros a recurrir a la corrupción» (aceptar sobornos para desempeñar labores públi-

cas, garantizar el usufructo, legal o ilegalmente, de ciertos bienes materiales, amasar fortunas privadas los empleados públicos de fuentes y en formas estrictamen-

te ilegales, por ejemplo, aceptando comisiones por negocios de comercio exterior, conservar piedras preciosas, oro y divisas en cuentas numeradas en bancos extran-

---

**El mérito histórico  
de Jruschov fue precisamente  
la clausura del período  
de «revolución  
desde arriba».**

---

dignación popular. Por lo demás, quizá no está totalmente claro para el Nuevo Equipo que su tentativa de recomendación implica la oportunidad vital de una meri-

to. Estos abusos de poder aparentemente pasivos, pero de hecho muy activos, constituyen la forma de corrupción más extendida entre la oligarquía. El peligro de corrupción inherente para la oligarquía tiene dos aspectos. En primer lugar, implica la relativa emancipación del *apparatchik* respecto del aparato <sup>14</sup>. Al permitir la posesión de una considerable riqueza privada que hace a los funcionarios independientes en cierto grado, deben dejar prevalecer en ellos consideraciones ajenas a aquellas dictadas por los intereses colectivos de la corporación. Pero en segundo lugar, y aún más importante, sucede que la riqueza privada *heredable* pertenece a los miembros de un Estado o una clase, no a los de una corporación cuyas pretensiones de poder se basan precisamente en buscar la total eliminación de las diferencias de clase. El Nuevo Equipo parece estar seriamente preocupado por la abierta transformación de la corporación en una clase dentro de la sociedad soviética. La prueba indiscutible de esta preocupación es la sorprendente recomendación de Gorbachov en el sentido de que podría ser reintroducido un impuesto progresivo a las herencias (abolido por Stalin a mediados de los veinte como medida que había perdido toda relevancia tras la expropiación de las antiguas clases poseedoras) <sup>15</sup>. La importancia social de esta nueva medida propuesta tentativamente aparece clara en el contexto antes citado: va dirigida contra la formación abierta de clases. Sin embargo, sus implicaciones son de largo alcance. Si en verdad va a ser progresiva, desatará oposición y violenta resistencia por parte de los círculos oligárquicos, y aunque la meritocracia orientada al pasado parece ser por el momento la perdedora, sus reservas de poder no deben ser subestimadas. Si, por otra parte, no fuese a ser progresiva, desataría la in-

to. Estos abusos de poder aparentemente pasivos, pero de hecho muy activos, constituyen la forma de corrupción más extendida entre la oligarquía. El peligro de corrupción inherente para la oligarquía tiene dos aspectos. En primer lugar, implica la relativa emancipación del *apparatchik* respecto del aparato <sup>14</sup>. Al permitir la posesión de una considerable riqueza privada que hace a los funcionarios independientes en cierto grado, deben dejar prevalecer en ellos consideraciones ajenas a aquellas dictadas por los intereses colectivos de la corporación. Pero en segundo lugar, y aún más importante, sucede que la riqueza privada *heredable* pertenece a los miembros de un Estado o una clase, no a los de una corporación cuyas pretensiones de poder se basan precisamente en buscar la total eliminación de las diferencias de clase. El Nuevo Equipo parece estar seriamente preocupado por la abierta transformación de la corporación en una clase dentro de la sociedad soviética. La prueba indiscutible de esta preocupación es la sorprendente recomendación de Gorbachov en el sentido de que podría ser reintroducido un impuesto progresivo a las herencias (abolido por Stalin a mediados de los veinte como medida que había perdido toda relevancia tras la expropiación de las antiguas clases poseedoras) <sup>15</sup>. La importancia social de esta nueva medida propuesta tentativamente aparece clara en el contexto antes citado: va dirigida contra la formación abierta de clases. Sin embargo, sus implicaciones son de largo alcance. Si en verdad va a ser progresiva, desatará oposición y violenta resistencia por parte de los círculos oligárquicos, y aunque la meritocracia orientada al pasado parece ser por el momento la perdedora, sus reservas de poder no deben ser subestimadas. Si, por otra parte, no fuese a ser progresiva, desataría la in-

to. Estos abusos de poder aparentemente pasivos, pero de hecho muy activos, constituyen la forma de corrupción más extendida entre la oligarquía. El peligro de corrupción inherente para la oligarquía tiene dos aspectos. En primer lugar, implica la relativa emancipación del *apparatchik* respecto del aparato <sup>14</sup>. Al permitir la posesión de una considerable riqueza privada que hace a los funcionarios independientes en cierto grado, deben dejar prevalecer en ellos consideraciones ajenas a aquellas dictadas por los intereses colectivos de la corporación. Pero en segundo lugar, y aún más importante, sucede que la riqueza privada *heredable* pertenece a los miembros de un Estado o una clase, no a los de una corporación cuyas pretensiones de poder se basan precisamente en buscar la total eliminación de las diferencias de clase. El Nuevo Equipo parece estar seriamente preocupado por la abierta transformación de la corporación en una clase dentro de la sociedad soviética. La prueba indiscutible de esta preocupación es la sorprendente recomendación de Gorbachov en el sentido de que podría ser reintroducido un impuesto progresivo a las herencias (abolido por Stalin a mediados de los veinte como medida que había perdido toda relevancia tras la expropiación de las antiguas clases poseedoras) <sup>15</sup>. La importancia social de esta nueva medida propuesta tentativamente aparece clara en el contexto antes citado: va dirigida contra la formación abierta de clases. Sin embargo, sus implicaciones son de largo alcance. Si en verdad va a ser progresiva, desatará oposición y violenta resistencia por parte de los círculos oligárquicos, y aunque la meritocracia orientada al pasado parece ser por el momento la perdedora, sus reservas de poder no deben ser subestimadas. Si, por otra parte, no fuese a ser progresiva, desataría la in-

Una meritocracia orientada al pasado conduce a un estilo de vida estático, es alérgica a las turbulencias incluso dentro del estrato superior (porque teme especialmente la «irreverencia» del actor turbulento hacia los derechos históricos). Los beneficios que puede ofrecer son, como ya mencionamos, lujos, seguridad en el trabajo en caso de incompetencia, y el reconocimiento *casi público* del carácter hereditario del *producto privado* de las funciones públicas (sobre todo, la riqueza amasada). Hemos visto igualmente que la furia crítica de la *Fronda* gorbachiana va dirigida contra el carácter hereditario (y de «tienda reservada») de los rangos jerárquicos en la medida en que es público y en la medida en que bloquea la movilidad ascendente de una nueva generación de advenedizos, y contra la riqueza privada en la medida en que hace a los miembros de la corporación relativamente independientes de ésta. Los *Frondeurs* pueden ofrecer a sus mesnadas el acicate de la movilidad ascendente, de la promoción y la acción, el placer de ejercer dinámicamente un poder incontrolado desde abajo y que se expande en paralelo con la expansión del imperio (por supuesto, junto con todos los lucrativos beneficios que acom-

pañan «normalmente» a la posición de miembro de la nomenklatura). Sin embargo, si esta *Fronza* realmente adquiere importancia, podría evolucionar en forma de una nueva «revolución desde arriba» con todos los síntomas destructivos que acompañan normalmente a tal cosa en la historia soviética. El mérito histórico de Jruschov fue precisamente la clausura del período de «revolución desde arriba». En retrospectiva, es cierto que Jruschov no aparece como un reformador en el sentido de un legislador que crea instituciones duraderas que sobreviven al legislador y a la ley. Pero no puede negarse que cambió la historia soviética durante tres décadas dándole una (relativa) paz interna, aunque paz de un tipo indudablemente basado en la coerción, proyectos reformistas incompletos y tentativas de innovación abortadas.

Pertenece a la extraña ironía de la historia el que la única oportunidad que tiene Gorbachov de convertirse en el hombre del cambio real sea la más negativa, esto es, la oportunidad de acabar con la rela-

tiva tranquilidad y reintroducir, quizá en contra de sus propias intenciones, el ímpetu de su propio proyecto, un nuevo ciclo de revoluciones desde arriba. Hay un único motivo recurrente en todas las extremadamente monótonas contribuciones del 27 Congreso que al menos puede interpretarse como anuncio de una próxima tormenta. La norma más constante en la casi invariable coreografía de los congresos del Partido desde Stalin hasta la fecha, ha sido el que uno de los delegados «de a pie» haga la crítica pública de un ministro en particular. Según las tradiciones, una crítica de este tipo ha sido considerada como signo inconfundible de la inminente destitución del ministro en cuestión y el «obrero» o «campesino» honorífico, a quien se otorga licencia para hacer la crítica, es casi invariablemente una de las nuevas estrellas ascendentes. En el 27 Congreso, sin embargo, vemos una verdadera

hipertrofia de este evento litúrgico. Después del primer día, *todos los oradores*, con la significativa excepción de los miembros del Politburó, criticaron al menos a un ministro en particular y a veces a varios en un mismo discurso. Casi todos los ministros, con la excepción una vez más típica (los de la Defensa e Interior, junto con la KGB), fueron blanco de críticas. Un ataque tan concentrado de las marionetas de los Nuevos Turcos es un fenómeno incomparablemente más vasto y más significativo que el único acto litúrgico de «crítica constructiva» de un objetivo particular preseleccionado. Es una declaración de guerra contra todo el aparato (no político, esto es, administrativo) de Breznev. Aparentemente, el Nuevo Equipo no ha llegado aún a ser lo bastante poderoso para purgar a fondo los organismos dirigentes de las organizaciones del Partido a niveles de provincia y distrito. Pero están llevando a cabo un movimiento de tenaza.

---

**El Nuevo Equipo no ha llegado aún a ser lo bastante poderoso para purgar a fondo los organismos dirigentes del Partido.**

---

Atacan el aparato de Breznev en su punto más vulnerable (en última instancia, los administradores son responsables de los pobres resultados económicos porque su

función dentro del sistema es traducir las directivas estratégicas del Partido al lenguaje operativo a corto plazo). Por el momento, el *Partido como un todo* permanece libre de los ataques de los Nuevos Turcos<sup>16</sup>. Un hecho particular presta una dimensión aún más siniestra a los cambios actualmente en marcha. Chébrikov, el nuevo director de la KGB, mencionó casualmente en su discurso que espías norteamericanos (en plural pero inidentificados) habían sido desenmascarados, una vez más, «en varios ministerios»<sup>17</sup>. Y si bien es perfectamente verosímil, incluso probable, que existan espías norteamericanos en la URSS, esta afirmación hecha de forma tan general e indefinida, y en el contexto del ataque lanzado contra los «ministerios», es verdaderamente ominosa.

La transición al período intensivo de crecimiento económico no promete, por lo

que se ve, ser un camino fácil. Si el Nuevo Equipo fuese capaz de poner a prueba su proyecto total, lo cual esciertamente un gran «sí», no es probable que se llegue al final del camino a una reforma auténtica, al menos no en un sentido que represente un cambio hacia algo mejor. Pero las turbulencias, de volumen considerable, y de carácter incluso dramático, no están excluidas.

## *Estrategia externa*

### *1. La «Opción por la Paz».*

Gorbachov anunció su espectacular propuesta de prohibición total de todas las armas nucleares hasta finales de este siglo ya antes del 27 Congreso. En el Congreso elaboró más aún su propuesta, añadiéndole lo que podría llamarse «la doctrina militar soviética para consumo público». La nueva tesis consiste en que debe lograrse el nivel de paridad estratégica *más bajo posible*, no el *más alto posible*, ya que esto constituye la única garantía posible de supervivencia para la humanidad <sup>18</sup>. Estoy perfectamente convencido de que la propuesta de Gorbachov en su forma actual no puede ser tomada seriamente como un programa genuino de desarme nuclear total, sino más bien como un astuto movimiento táctico que, al menos por el momento, no puede sino reforzar la posición soviética. Esto se debe a las razones siguientes. En primer lugar, una ruptura tan tremenda con estrategias de casi medio siglo de antigüedad exige por parte de las superpotencias una confianza recíproca auténtica, bien establecida e incluso probada, la que sólo puede construirse gradualmente, en una forma extremadamente responsable, con un espíritu evidente y demostrable de compromisos recíprocos. Ambas superpotencias deben convencerse mutuamente de que ninguna de ellas tiene motivos ulteriores sino que, por

el contrario, ambas están seriamente interesadas en un tipo de reconciliación sin el cual el desarme nuclear, si milagrosamente llegara a suceder tal cosa, solamente podría ser el prólogo de devastadoras guerras mundiales con ultradestructivas armas «convencionales». Entre tanto, sin embargo, el Congreso del Partido alcanzó nuevas alturas de demagogia y una páfida especie de antiamericanismo. Continuó los ya tradicionales pasos de intentar aislar a los Estados Unidos de sus aliados de Europa Occidental, proclamó insensatas acusaciones <sup>19</sup>, intensificó su estrategia ofensiva en el Tercer Mundo en las contribuciones preorquestadas de delegados invitados al Congreso. Cualquiera que esté familiarizado con la capacidad soviética para ser flexible y tranquilizador cuando se lo propone realmente, desde las negociaciones entre Molotov y Ribbentrop, pasando por las «giras de buena voluntad» de Jruschov hasta las negociaciones secretas de Breznev con Kissinger, sabe que la elección de un lenguaje tan extraordinariamente cínico y provocativo solamente podía tener un objetivo: hacer imposible para la Administración norteamericana, aun cuando hubiera tenido la intención de hacer tal cosa, comprometerse en conversaciones serias con ellos.

En segundo lugar, cualquiera propuesta de prohibición nuclear total que se haga seriamente, y que no sea sólo propagandista, requeriría una renovación inmediata, sincera y a escala total de la política de distensión. Por «distensión» no quiero decir un despliegue general de *credulidad* para la que *ambas* partes están particularmente mal preparadas, sino un diálogo soviético-norteamericano directo en el que se acepte mutua y conjuntamente la responsabilidad por las cuestiones mundiales. Sin duda, esta sería una tarea difícil aun-

**Cualquier propuesta de prohibición nuclear total requeriría una renovación inmediata, sincera y a escala total de la política de distensión.**

que los soviéticos estuviesen dispuestos a aceptarla. Es un ridículo *slogan* propagandístico acusar a la Administración Reagan de «prepararse para la guerra» por

haber iniciado un nuevo ciclo de carrera armamentista hace ya muchos años, en parte como respuesta a una momentánea superioridad soviética. Pero no es una fal-

**Una prohibición súbita  
de las armas nucleares dejaría  
a la Unión Soviética  
en una indiscutible  
superioridad.**

sa suposición pensar que esta Administración tuvo entonces, y tiene ahora, cierto número de motivos ulteriores. Quizá uno de ellos sea, como muchos analistas han indicado, el de dar un empujón a la economía que estaba seriamente enferma cuando Reagan asumió el poder. Otro podría ser el designio estratégico de obligar a la URSS a una nueva ronda de gastos militares que fatalmente paralizaría su economía, incomparablemente más débil. Comoquiera que sea, sigue en pie el hecho de que al menos por el momento (aunque esto puede cambiar de un momento a otro) la Administración soviética conduce una política *antidistensión* en la medida en que cultiva vigorosos contactos, sustancialmente antinorteamericanos, con numerosas fuerzas europeas, sobre todo con la socialdemocracia alemana <sup>20</sup>, mientras que sólo mantiene conversaciones fingidas con los Estados Unidos, y eso sólo cuando es absolutamente indispensable.

Sin compromiso no puede haber acuerdo sobre cuestiones estratégicas cruciales. Esta verdad de perogrullo acrecienta, sin embargo, su significado, cuando establezco el segundo dato de conocimiento común: a saber, que una prohibición súbita de las armas nucleares dejaría a la URSS en una indiscutible superioridad por lo que respecta a las tropas y armamentos de los ejércitos convencionales. Esta circunstancia hace que la cuidadosa discusión previa de los compromisos y garantías en el escenario europeo sea una condición absoluta para cualquier negociación seria acerca de la prohibición total. Por el contrario, el Informe Político declara que todas esas ideas son «trucos» e intentos de sabotear unas conversaciones constructivas <sup>21</sup>. Pero aún existe una razón especial y última que hace casi superfluo discutir seriamente la intención soviética de prohibir

todas las armas nucleares: la presencia de China.

Así pues, parece correcto decir que la propuesta de Gorbachov de prohibición

total de las armas nucleares ha sido diseñada para el consumo propagandístico de Europa Occidental, para varios partidos socialdemócratas de Europa Occidental: el germano occidental, el británico, el griego PASOK (cuyo delegado habló ante el Congreso, *Pravda*, 2 de marzo de 1986, N.º 61, pág. 9, en forma inconfundiblemente comunista) y para los movimientos antinucleares. Lo que los dirigentes soviéticos están tratando de conseguir realmente es, primero, la erosión de la OTAN (en lo que cuentan con muy buenas posibilidades de éxito) y, en segundo lugar, el mantenimiento del nivel actual de paridad en el arsenal nuclear y el de la superioridad soviética en el campo de las armas convencionales. Pero ciertamente no desean verse envueltos en una competencia paralizantemente onerosa con los Estados Unidos en la Iniciativa de Defensa Estratégica. Sin duda, la finalidad a largo plazo sigue siendo una Europa finlandizada, pero no ocupada, que pagaría los costos de la «revolución industrial» soviética.

## 2. *El movimiento comunista mundial.*

Utilizar el tema de la paz como una estrategia de caballo de Troya no es un invento del Nuevo Equipo; fue iniciado por Andropov. Su espíritu innovador se revela plenamente cuando analizamos el despliegue y la actuación del «movimiento mundial» en el 27 Congreso. Para empezar, es dudoso si podemos discutir el «movimiento comunista» en absoluto a la luz de las innovaciones de Gorbachov. Todo un popurrí de organizaciones sin ninguna o casi ninguna relación entre ellas en términos de ideología fue invitado al Congreso <sup>22</sup>. Partidos comunistas ortodoxos y probados aparecieron en el foro precedidos y seguidos por organizaciones que ja-

más se han llamado a sí mismas comunistas o marxistas-leninistas, y que ciertamente no lo son (los partidos gobernantes de Túnez, Zambia, Madagascar, el Baath sirio, el Partido Socialista libanés Djumblatt, y así por el estilo). Pero para todos los efectos actuaron como comunistas de los buenos viejos tiempos de Stalin: su vocabulario, su demagógico antinorteamericanismo hacía que no se diferenciaron de los partidos comunistas tradicionales de Chile, Portugal o Grecia. Este colorido desfile de partidos que tienen ideologías totalmente diferentes pero una característica esencial en común, que son la fuerza política dirigente de un régimen totalitario en sus propios países o que pretenden crear un régimen de ese tipo, indica un giro dramático: «el fin de la ideología» en la política soviética. Cuando los partidos socialistas ideológicamente pluralistas, o ideológicamente indiferentes (como el PC de

Italia), aparecen juntos con organizaciones que combinan una especie de curiosa versión de marxismo con dogmas «africanistas» o musulmán-fundamentalistas, o

con agencias que son oficialmente organizaciones sombrilla sin ninguna ideología en absoluto (el Congreso Nacional Africano), pero que durante todo lo que duró el Congreso actuaron como partidos marxistas-leninistas *bona fide*, entonces, obviamente, la estrategia mundial comunista ya no es interpretable en términos ideológicos.

Una innovación más, que esta vez brota de la propia fantasía creadora de Gorbachov, es la *aparición paralela* de varios partidos del mismo país. Dos partidos comunistas estuvieron presentes representando a India, España y Australia. Los partidos en el gobierno de Túnez, Siria y Madagascar tuvieron que aceptar aparecer junto con los partidos comunistas de sus respectivos países, a los que por lo menos marginan dentro de casa. Desde Suráfrica, el PC oficial envió una delegación, pero la segunda organización dominada por

los comunistas, la ANC, no oficial pero en realidad mucho más influyente, también estuvo presente. Este nuevo fenómeno, inigualado desde los primeros tiempos del Comitern, difícilmente puede atribuirse a una repentina proclividad por el pluralismo entre los líderes soviéticos. Este nuevo despliegue de «tolerancia a la diversidad» posee muchas funciones distintas. A veces se utiliza para presionar a un partido particular mediante el despliegue abierto de la otra opción disponible para los líderes soviéticos. La aparición en paralelo es además una manifestación pública de «el fin de la ideología», una clara demostración de que no es la ideología confesada oficialmente lo que cuenta, sino la obediencia práctica. Finalmente, en ciertos casos, en particular en el caso español, la aparición paralela sirvió de oportunidad para recuperar la antigua prerrogativa moscovita del Comitern de arbitrar en los debates internos <sup>23</sup>.

**La propuesta de Gorbachov de prohibición total de las armas nucleares ha sido diseñada para el consumo propagandístico de Europa Occidental.**

El colapso de las fuerzas ex eurocomunistas, su capitulación final y formal, fue completa. Es cierto que el delegado ita-

liano, Pecchioli, portavoz del único partido ex eurocomunista que tiene auténtica influencia política en su propio país y para quien el eurocomunismo, aunque siga siendo una opción poco clara, era algo más que un simple recurso electoral, desvió suavemente toda la agenda del Congreso. Es igualmente cierto que los comunistas italianos en su mayoría se consideran como un partido socialista entre muchos otros. Pero esta herejía ideológica tiene muy poca importancia en la nueva era Andropov-Gorbachov del «fin de la ideología». La debilitada socialdemocracia italiana es apenas más importante o incómoda para los líderes soviéticos que los dogmas islámicos del movimiento de Gaddafi. La atmósfera cínicamente tolerante del «fin de la ideología» hace posible que los partidos suscriban cualquier cantidad de opiniones eclécticamente combinadas, o ninguna en absoluto, siempre que sigan fielmente la línea estratégica soviética, o

esto representaría un reto desigual: por el momento, la nomenklatura puede someter cualquier resistencia a su autoridad absoluta sin esfuerzos excesivos. Pero en esta ocasión, la victoria tendría un precio. La «cuestión de la paz» es demasiado crucial para la estrategia del Nuevo Equipo, y una represión violenta de los movimientos antinucleares soviéticos podría ocasionar un daño irreparable a la imagen de este «guardián de la paz» como para hacer bastante impredecibles los resultados. Hizo falta una catástrofe provocada por error humano para abrir ciertas opciones sociales. Pero ahora estas opciones, aparentemente al menos, pueden ser útiles.

Traducción: Ana María Palos

<sup>1</sup> El Primer Ministro Rizkov subrayó en su informe sobre el plan de desarrollo económico de la URSS entre 1986-1990, que el crecimiento anual proyectado deberá alcanzarse con una reducción paralela de los recursos de mano de obra (*Pravda*, 4 de marzo, 1986, N.º 63, pág. 2). Pero quizá aún más importante es la siguiente afirmación del Primer Ministro. Las cifras que se pretenden obtener con el nuevo plan quinquenal sólo podrán alcanzarse con los llamados métodos extensivos de desarrollo (cantidad ilimitada de mano de obra, nuevos centros de trabajo y empleos) si durante el período abarcado por el plan se suman a la fuerza laboral unos veintidos millones de hombres y mujeres jóvenes. Mientras que según las predicciones demográficas sólo se dispondrá de una fuerza laboral nueva de 3,2 millones. Y Maria Huber, experta en economía soviética de la Universidad de Heidelberg, resume la misma situación en los términos siguientes: «Si el crecimiento económico de la Unión Soviética depende cada vez más del aumento de la productividad (crecimiento intensivo), esto sugiere que las fuentes de crecimiento distintas a las relaciones con la productividad (crecimiento extensivo) van agotándose gradualmente». M. Huber, «The Prospects for Economic Reform», en C. Schmidt-Häuer, *Gorbachov*, London: 1986, Tauris, Appendix 1, pág. 170.

<sup>2</sup> Lygachev rechazó enérgicamente la idea de una rehabilitación teórica del mercado en una entrevista previa al Congreso. Rizkov aludió a tales sugerencias en su informe (*ibid.*, pág. 2) en un tono sarcástico típico de los dirigentes soviéticos cuando consideran alguna propuesta indigna de ser tomada en consideración. Las críticas político-económicas de los mandatarios soviéticos son ejemplos de libro de texto eternamente irresolutos, y dentro del sistema imposibles de resolver, antinomias de la economía dirigida.

<sup>3</sup> *Pravda*, *ibid.*, pág. 3.

<sup>4</sup> F. Feher-A. Heller-G. Markus *Dictatorship Over Needs*, Oxford: Blackwell, 1983.

<sup>5</sup> *Gorbachov*, Appendix, pág. 171.

<sup>6</sup> Una extraña y reveladora característica de la discusión sobre supuestas reformas económicas del equipo Gorbachov, que analistas experimentados desdeñan sistemáticamente, es la única morfología de A. Nove en su *The Soviet Economic System*, London-Boston-Sydney: George Allen and Unwin, 1977. Nove demuestra irrefutablemente que lo que podría denominarse «nivel administrativo» en el sistema económico soviético (ministerios y gerencias de fábricas) no son agencias políticas en el sentido so-

viético del término, y por consiguiente no pueden influir en los planes de colectivización de la primera y crucial fase de su descolectivización. Esto significa que pueden oponerse a los objetivos, pero que no pueden iniciar un cambio estructural, así como tampoco cualquier cambio implementado a su nivel considerado como estructural.

<sup>7</sup> R. Selucky: *Das gegenwärtige Dilemma der sowjetisch-osteuropäischen Integration*, Cologne: Index, 1985.

<sup>8</sup> Momias de un temido y despreciado pasado, como K. G. Petrov, fueron regalvanizadas y revividas al narrar los «heroicos hechos» de los stajanovistas en 1935 (!) en palabras agrícolas, *Pravda*, 3 de marzo, 1986, N.º 62, pág. 2.

<sup>9</sup> Un comentarista equilibrado y auténticamente experto del Congreso, Michel Tatu, hace la pertinente observación de que, de hecho, el proceso de rejuvenecimiento no ha progresado excesivamente. En su «Le XXVII.º congrès n'aura été qu'une étape intermédiaire sur la voie du rajeunissement», *Le Monde Hebdomadaire*, 19 de marzo, 1986, pág. 3, Tatu analiza en detalle los grupos de edad de los nuevos organismos dirigentes. Llega a la conclusión de que todavía el 78 % de estos organismos está constituido por personas mayores de cincuenta años. Por supuesto, esto representa un sereno recordatorio de los actuales límites de Gorbachov con respecto al poder, pero en mi opinión no es una refutación de la tendencia existente.

<sup>10</sup> El resible homenaje rendido oficialmente a alguien tan insignificante intelectualmente como Breznev fue simple adulación cortesana, y no un «culto a la personalidad» en el sentido de las connotaciones que los líderes soviéticos adjudican al término. Por supuesto, Breznev disfrutó enormes prerrogativas de poder, pero nunca un poder ilimitado. Durante cierto tiempo Shaliapin, y durante casi todo el período de su mandato Kosyguin, fueron sus contendientes o al menos sirvieron como contrapesos de su poder. Súslov fue internamente tan poderoso e intocable como el mismo Breznev. En sus últimos años, Breznev no pudo mantener bajo control el ascenso de Andropov y, según todos los testimonios (s. Schmidt-Häuer *Gorbachov*, I. Zemtsov *Andropov*, Jerusalem: IRICS Publications, 1983) el período final de su mandato estuvo consagrado a desbaratar los ataques contra él mismo y su clan, en medio de crecientes dificultades. En esto, como por lo general en lo concerniente a la descripción del período de Breznev, estoy en perfecto acuerdo con H. D'Encausse Carrère en su magnífico *Confiscated Power*, New York: Harper and Row, 1983.

<sup>11</sup> Varios sociólogos han señalado que la creación y control de la movilidad ascendente es una de las principales funciones constitutivas del sistema del Partido; véase G. Konrad-I. Szélenyi *The Intellectuals on the Road to Class Power*, New York-London: Harcourt, Brace and Jovanovitch-Harvester Press, 1979 y V. Zaslavsky: *The Neo-Stalinist State*, Armonk: Sharpe, 1982.

<sup>12</sup> Contamos ahora con un documento desacombradamente explícito sobre este particular tipo de activista opositor en la entrevista concedida por Zinóviev a G. Urban (*Encounter*, 1985) durante la cual el entrevistador, un periodista liberal-conservador experimentado y tolerante, apenas puede contenerse y tiende frecuentemente a calificar la posición de Zinóviev como moralidad fascista. De hecho, el escritor satírico antisoviético llega al punto de aplaudir el terror stalinista que evacuó villas, empleos y otros bienes terrenales para aquellos lo bastante desinhibidos como para ponerse físicamente las botas de los ejecutados. En general, y piadosamente, la entrevista de Zinóviev fue considerada como un documento de patología privada. Yo prefiero considerarla una prueba de la existencia, entre los disidentes, de hombres que llegan a estar «endemoniados» debido a sus ambiciones continuamente frustradas.

<sup>13</sup> A. Besançon: Prefacio a I. Zemtsov, *La corruption en l'URSS*, París, Fayard, 1979.

<sup>14</sup> En las interesantes memorias de A. Hegedüs, quien fue alto funcionario de la Hungría stalinista, en 1955-56 Primer Ministro del país, puede estudiarse en qué medida un funcionario del Partido de la época de Stalin no poseía prácticamente nada, hasta qué punto dependía existencial y financieramente de la corporación. En su *Life Under the Shadow of an Idea (Élet egy eszme árnyékában)*, Viena, publicado por Z. Zsille, 1985), escribe: «...este régimen tiene una lógica interna y una función exacta. Si alguien es despedido de su empleo, si pierde su puesto, queda de un día para otro totalmente indigente: nada le pertenece. La silla en que se sienta, la cama en que duerme, todo pertenece al Partido. Hasta en el más ruinoso escritorio lucía la placa "Propiedad del MDP" (Partido Húngaro de los Trabajadores)», página 136. Incluso en el período en que el funcionario ya no perdía su cabeza, su familia y su libertad junto con la silla, la cama y la ropa de cama (10 que es una referencia directa, pues Z. Mlynár describe en su *Night Frost in Prague*, Londres: Hurst and Co. 1980, pág. 66) cómo la familia Novotny «expropió» la fina ropa de cama de Clementis, ex Ministro de Asuntos Exteriores, tras la ejecución de este último), la dependencia económica total ha permanecido vigente durante largo tiempo sirviendo de garantía contra la insubordinación.

<sup>15</sup> M. Gorbachov, *Political Report of the CPSU Central Committee to the 27th Party Congress*, Moscú: Novosti Press Agency Publishing House, 1986, página 57.

<sup>16</sup> Esto es cierto sólo en un sentido relativo. Los comités del Partido en Leningrado y Moscú, bastio-

nes de Romanov y Grishin respectivamente, fueron purgados antes del Congreso en el curso de un reajuste más general. En el Congreso, se hicieron numerosas referencias a reajustes y purgas similares en los gobiernos de las repúblicas, particularmente en Uzbekistán y Kazajstán. Las cifras concernientes a los cambios anteriores al Congreso pueden verse en Schmidt-Häuer *Gorbachov*, pág. 136. Pero aquí nos estamos refiriendo a los cambios en los organismos supremos del Partido, que son extraordinariamente significativos políticamente pero sin importancia alguna por lo que respecta a las oportunidades de empleo de toda una generación de Nuevos Turcos de segunda y tercera clase.

<sup>17</sup> *Pravda*, 3 de marzo, 1986, pág. 2.

<sup>18</sup> *Political Report*, pág. 81.

<sup>19</sup> Por lo que respecta a las «insensatas acusaciones», bastará mencionar que en el Informe Político los Estados Unidos (y el «imperialismo mundial») aparecían como responsables de la guerra en Afganistán, del conflicto Iran-Irak, de la breve pero sangrienta purga interpartidista en Yemen del Sur, del asesinato de Bishop en Granada a manos de sus propios compañeros de partido. Por otro lado, la revolución en Filipinas, única victoria de la democracia en tantos años (durante los cuales la URSS apoyó públicamente a Marcos mientras que el resuelto apoyo del Congreso de los Estados Unidos desempeñó un papel decisivo en el incruento desarrollo de los sucesos) ni siquiera mereció una mención.

<sup>20</sup> En nuestro ensayo con A. Heller «Eastern Europe Under the Shadow of a New Rapallo», Colonia: Index, 1984, reproducido en *New German Critique*, (*Leviatán*, n.º 19, primavera 1985) y en nuestra «Reply to Our Critics», *New German Critique* (1986), pretendemos identificar las implicaciones estratégicas de este tipo de relación germano-soviética.

<sup>21</sup> *Political Report*, pág. 85.

<sup>22</sup> Una encuesta estadística no tendría dificultades en indicar que de hecho una tendencia como esta empezó a emerger en los últimos años de Jruschov, llegando a alcanzar mayor importancia bajo Breznev. La diferencia numérica entre la lista de partidos no comunistas invitados al 26.º y los invitados al 27.º Congreso es, por consiguiente, muy pequeña. Pero su función en el último Congreso fue diferente. Hasta ahora, los invitados no comunistas saludaban al Congreso y a continuación exponían sus propios objetivos políticos. Esta vez se les concedió el derecho a *respaldar* las políticas externas e *internas* de la URSS lo que los convirtió en «compañeros de lucha».

<sup>23</sup> El «arbitraje» soviético debe haberse producido, previamente al Congreso o tras bambalinas, en forma tan enérgica que provocó la *única* voz disonante en el Congreso. El delegado del PC español protestó indignado contra la torpe interferencia de Moscú, en nombre de los dirigentes españoles que debieron sufrir durante algún tiempo la presión de Moscú para que se fusionaran con el Partido Comunista Stalinista de los Pueblos de España encabezado por Gallego (*Pravda*, 6 de marzo, N.º 65, pág. 8).